

Noah Gordon, medicina humana

En los años cincuenta y sesenta, en Massachusetts, los hospitales brindaban noticias regularmente. El joven periodista Noah Gordon (Worcester, 1926), al frente de la información científica de *The Boston Herald*, los frecuentó a menudo. Asistió a autopsias, cubrió historias de los entonces revolucionarios trasplantes, se movió por los quirófanos y consiguió la primera gran exclusiva de su vida cuando unos investigadores le filtraron el plano de cómo quedaría Boston si caía una bomba atómica en la ciudad.

“El periodismo constituyó una forma maravillosa de ganarme la vida, y aún lo echo de menos”, me comentó en cierta ocasión.

Y cuando dio el salto a la novela, la medicina fue su gran tema, que cultivó con gran potencia narrativa y sólida documentación.

De familia judía, contaba que su abuela era una mujer muy religiosa y su padre un agnóstico, “y yo toda la vida me he debatido entre estas dos influencias, aunque estoy más cerca de mi padre”. Sus vivencias de infancia, de las grandes dificultades económicas familiares durante la Depresión, le marcaron decisivamente. Le gustaba retratar protagonistas de origen humilde, que se enfrentaban a obstáculos de todo tipo, los superaban y conseguían realizarse humana y profesionalmente.

Su primera novela, *El rabino* (1965), ya constituyó un éxito de ventas en Estados Unidos. Pero la que le consagró fue *El médico*, publicada en 1986, que relata la aventura del joven Rob Cole, decidido a aprender medicina en el turbulento siglo XI. Para ello viaja desde Inglaterra hasta

Persia donde consigue estudiar con Avicena. Vendió millones de ejemplares, con especial repercusión en Alemania y en España. *El médico* abre la trilogía dedicada a la dinastía Cole, que continúa con *Chamán* y *La doctora Cole*, y que le sirve para relatar la evolución de la medicina a lo largo de los siglos

El género médico constituye uno de los grandes subgéneros de la narrativa del siglo XX, y ha inspirado las incontables series televisivas sobre el tema que hoy pueden verse. Las tramas en torno al ejercicio de la medicina permiten poner al lector en contacto con situaciones límites, de vida y muerte, donde los personajes implicados se sienten obligados a dar lo mejor de sí mismos –o fracasar en el empeño– en una lucha contra reloj permanente. El éxito de autores como Frank Slaughter, A.J. Cronin, Maxence Van Der Meersch o Mika Waltari reposa en esta tensión. Como ha puesto de manifiesto la estudiosa y autora Amàlia Lafuente, la narrativa médica parte del cuerpo para referirse de forma natural al espíritu, a las numerosas cuestiones éticas y deontológicas que el ejercicio médico plantea. Noah Gordon asume y lleva a una nueva cima esta tradición literaria, desplegando un profundo sentimiento humanista, el que marcaba su trato personal y que le llevó al compromiso con las políticas progresistas estadounidenses.

‘La bodega’

El autor mantuvo una estrecha relación con Cataluña, donde la editora Blanca Rosa Roca hizo una importante labor de difusión de su obra. Su hijo, Michael, se casó con una catalana y sus nietos residen aquí. Su última novela, *La bodega*, publicada en el 2007 y una de las pocas suyas de ambiente no médico, la ubicó en la zona vitícola del Penedès.

Le acompañé en un recorrido por la comarca con motivo de la publicación de esta obra. Y empezamos visitando el Museo del Vino de Vilafranca, en los bajos del Palau Reial que preside la plaza Sant Jaume.

“¿Ha visto estas ánforas? –me preguntó al iniciar el recorrido–. Son muy bonitas y fueron rescatadas del fondo del océano, recuerdo de



PEDRO MADUEÑO / ALVG

una época en que el vino se trasladaba a menudo por mar”.

Le seguí por la sala de las prensas, que domina una inmensa de madera, del siglo XVI. Pero el novelista se interesó por otra más reducida, una *premsa de cargol*. “Esta es la que posiblemente mi protagonista hubiera utilizado. En la novela cuentan con una prensa

central para todo el pueblo pero mis personajes prefieren pisar la uva con los pies porque les da mejor resultado, algo que aún se hace en algunas bodegas. Hay cosas que no han cambiado a lo largo del tiempo”.

La bodega tiene como protagonista a un joven, Josep Álvarez, que deja la (imaginaria) localidad natal de Santa Eulàlia para ir, o eso cree, a la guerra; se ve envuelto en el asesinato del general Prim y huye a Francia, donde aprende las técnicas del vino, que aplicará en su tierra natal a su regreso.

“¿Por qué elegí el Penedès? No fue una ubicación inicial. Primero decidí escribir sobre España, país al que había venido en varias ocasiones, y sobre el vino, al que empecé a aficionarme en estas visitas. Al interesarme por los procesos de elaboración de la uva en el siglo XIX fui a parar a las bodegas Torres, que sirvieron de punto de partida para mi investigación. Y entonces me di cuenta de que el Penedès me resultaba útil como escenario porque el protagonista podía trasladarse con facilidad a Francia, lo que resultaba clave para la trama, y porque aquí la filoxera tuvo un profundo impacto histórico que marcó un antes y un después, algo que yo también quería recoger. Una vez decidido el esce-

nario vine en varias ocasiones a la comarca, pero no con un ánimo exhaustivo, sino buscando solo la información básica que necesitaba. De hecho para cuestiones ambientales también me resultaron muy útiles las visitas a bodegas del Priorat, de Montsant y de Cariñena, y para lo relativo a la tecnología de época fue básico el Museo de la Ciencia y de la Técnica de Terrassa”.

Todos estos desplazamientos los hizo Gordon acompañado de su hijo Michael. Pero el escritor estadounidense no quiere pronunciarse cuando en varias ocasiones le pregunto cómo ve Cataluña en relación con España. “Nadie tiene más miedo a ser entrevistado que un antiguo reportero”, me dice entre risas, y añade diplomáticamente que “España es absolutamente bella en cualquier lugar, y es una fuente de vida”.

A Gordon le impresionó el monumento a los *castellers* de Vilafranca, obra de Josep Cañas i Cañas, inaugurada en 1963, ya que esta actividad desempeña un papel clave en su obra. “Algunos le ven una dimensión levemente religiosa, como una forma de crear un camino hacia el cielo. Para mí es un símbolo de la tarea comunitaria, se trata de una construcción en la que, cuando uno falla, todos caen”.

Para las fotos con Pedro Madueño, le pedimos que caminara por un viñedo de tempranillo, en la primera hora del atardecer. “Me gusta el paisaje de campo cultivado en cualquier lugar del mundo, y pienso que sería feliz viviendo aquí. Sé que la agricultura no es un gran negocio ni una actividad romántica, pero me entusiasma. Durante casi veinte años mi mujer y yo vivimos en una pequeña granja en los Berkshires, cuarenta y seis acres de campo y bosque. Puedo notar la diferencia de la tierra: en Jerez, por ejemplo, es más blanca que aquí en el Penedès”, señaló.

El musical

En aquel reportaje ampurdanés establecimos cierta sintonía –me gustaban sus libros y me ganó su sensatez y su aire bondadoso–, y volví a encontrarle en varias ocasiones. Le entrevisté cara al público en una bi-

biblioteca barcelonesa y fui a visitarle en alguna de las promociones que le trajeron a la ciudad.

Le vi por última vez en el estreno de *El médico, el musical* en octubre del 2018 en Madrid, a donde se desplazó acompañado de su esposa Lorraine.

Resulta característico de los libros que han sido grandes superventas su adaptación exitosa a distintos formatos. *La cabaña del tío Tom* o *Las aventuras de Sherlock Holmes* en el siglo XIX, *El diario de Ana Frank* en el siglo XX, pasaron por los escenarios antes de llegar al cine. En el caso de *El médico* contó primero con una versión cinematográfica (dirigida en el 2013 por Philipp Stözl) y con otra adaptación teatral alemana antes de llegar a la que se estrenó en el Nuevo Apolo de Madrid, una auténtica superproducción para los estándares españoles.

En la génesis figuraba el compositor y director onubense Iván Macías, formado precisamente en Boston, en el Berklee College of Music. Tras impulsar, junto con su habitual letrista Félix Amador, un musical inspirado en la novela de Émile Zola *Germinal*, viajó a Estados Unidos y convenció a Noah para que autorizara la adaptación de su novela más famosa. Varias productoras sumaron esfuerzos para la puesta en marcha del proyecto, en el que participaron un centenar de personas y cuyo presupuesto superaba los cuatro millones de euros.

Macías, tras reconocer la influencia del gran compositor de bandas sonoras John Williams, afirmaba haber trabajado en *El médico* “con líneas de emoción; busco que las de todos los personajes y situaciones vayan convergiendo en algunos puntos, que vayan fluctuando, y que el espectador sea partícipe”.

A lo largo de casi tres horas desfilan decenas de personajes sobre los escenarios británicos y asiáticos, dispuestos sobre tres plataformas giratorias; primero con ritmo pausado; de forma rápida e intensa a partir de la llegada de Cole a Persia y de su encuentro con el sha. Hay potentes solos y duetos, y escenas corales de indiscutible eficacia, como las del niño Rob en los suburbios londinenses, el baile de los estudiantes de la Escuela de Medicina o la primera visita a la judería de Isfahán.

Al acabar la representación, con la compañía en el escenario, los últimos y atronadores aplausos fueron para este escritor siempre discreto. “Cuando me llamaron a saludar con ellos fue realmente un momento álgido de mi vida profesional”, me confesó.

La pandemia

Cuando estalló la pandemia le envié un cuestionario por e-mail, que accedió a contestar, donde le preguntaba cómo estaba viviendo personalmente la situación creada en el mundo por el coronavirus.

“Hace más de una década que mi mujer y yo fuimos a vivir a una nueva residencia para jubilados en una localidad próxima a Boston –respondió–. Ahora estamos confinados en ese apartamento, en una situación que no es desconocida para los españoles. Nos aprovisionan de alimentos y preparamos nosotros mismos nuestros desayunos y almuerzos. Cada tarde nos dejan comida fría en la puerta y la calentamos en nuestro microondas para cenar. Nuestro edificio está cerrado a cal y canto y nadie puede acceder, ni siquiera miembros de la familia. Nuestros hijos y nietos también siguen los protocolos de quedarse en casa.

”La compañía propietaria de esta residencia –continuó– está afiliada al departamento de Geriatria y Gerontología de la Harvard Medical School y opera con cinco comunidades similares en la región de Boston. En dos de esas comunidades, diez personas se han visto afectadas por la enfermedad del coronavirus, y una de ellas ha muerto. Pero nuestra residencia, hasta ahora, está libre del virus”.

Le planteé, como persona que llevaba de forma envidiable sus 93 años, qué medidas especiales había adoptado. “Tanto mi esposa Lorraine, de 90 años, como yo sufrimos algunas dolencias. De resultas de una caída en la que se fracturó la cadera, Lorraine tiene que caminar con ayuda de un andador. Hemos acordado con nuestro médico que le consultaremos por teléfono si surgen problemas. Hacemos nuestra colada y las tareas de casa y nos lavamos las manos constantemente. Permane-

ceamos en contacto con nuestros vecinos, familia y amigos a través del teléfono, e-mail y el FaceTime”.

Especialista en temas médicos y enfermedades, ¿qué diferencia encontraba entre la crisis sanitaria desencadenada en el 2020 y otras situaciones históricas similares? “La respuesta es fácil. Esta es la única pandemia que está tratando de matarme a mí y a todas las personas que yo más amo”.

Pasado lo peor de la pandemia, Noah Gordon falleció a los 95 años, el pasado 22 de noviembre, dulcemente y en la intimidad de su hogar, según hizo público su familia en un comunicado.

2021